

Testimonio de Liz Rojas Valdez

Soy Liz Rojas Valdez (distrito de Ayacucho, provincia de Huamanga, 1978). Tengo 23 años. Soy ayacuchana. Mi madre fue desaparecida el 17 de mayo de 1991. Ella era profesora del nivel primario, trabajaba en el distrito de Pacaycasa ubicado en la provincia de Huamanga. Tenía dos hijos Paul y yo. Somos solo dos. Ella era madre soltera.

El día de la desaparición de mi madre fue, cuando en la ciudad de Ayacucho se había declarado un paro. En esas circunstancias, llegó una amiga de mi mamá a mi casa, la señora que siempre nos traía papas. Entonces, mi mamá le dijo: «Oye, Aurelia, ¿por qué no me traes las papas?». Ella dijo: «Ay, Marcelita, es que no hay carro. No hay movilidad. ¿Cómo quieres que te traiga? Las papas llegaron, pero no te puedo traer porque no hay movilidad. ¿En qué te voy a traer?». Entonces, como nosotros teníamos una panadería y teníamos triciclos para repartir los panes, mi mamá le dice: «Aurelia, sabes que acá hay triciclo, vamos a traer las papas porque necesito para cocinar». Entonces la señora dijo: «Muy bien, Marcela. Lo vamos a traer». Mi mamá dijo: «Pero, no hay costales». Ella dijo: «Yo tengo costales en mi casa. Vamos». La señora vivía por el barrio de Magdalena.

Justo ese día, me tocaba leer obras, mi mamá siempre me hacía leer obras (literatura) y más obras. Siempre tenía que cumplir. Apenas tenía una hora o dos horas para jugar. Cuando había paro, como costumbre, como no había carros, todos los niños salíamos a jugar a la pista, sea vóley, en bicicleta o cualquier cosa. Le iba seguir a mi mamá, pero ella me dijo: «No, Liz. Ya jugaste demasiado. Ahora te toca estudiar. Ve a leer tu obra, que volviendo te voy a tomar lo que has leído». Tanto que insistía, no pude seguirla. Yo seguía leyendo mi obra y ella se fue, pues. Salió aproximadamente de la casa a la cinco y media de la tarde, todavía era de día. Sin embargo, mientras avanzaba y oscurecía, ella no aparecía.

Nosotros vivíamos solo los tres: mi mamá, mi hermano y yo. Éramos solo tres en nuestra casa. Mi abuela que vivía en la chacra que de vez en cuando venía. Mis tíos que vivían en el campo, que venía de vez en cuando, solo para hacer sus compras, solo así venían.

Entonces, como era ya tarde yo dije: «¿Por qué no viene hasta ahora?», ya oscurecía y en el paro no había luz, no había nada. Entonces, salí a buscarla a la casa de la señora Aurelia porque yo conocía. Me acompañó una prima. Ese año tenía doce años, iba para los trece. Con sandalias me fui, así como estaba en la casa, en toda la oscuridad. Llegué a la casa de la señora. Le toqué. La señora estaba asustada. Le dije: «Señora, buenas noches. Por favor, ¿me podría llamar a mi mamá? No sé qué hace hasta ahora. No sé», le digo. Y la señora me dijo: «Licita, entra, entra, entra». Estaba con sus familiares, me hicieron sentar. Me dieron un vaso de agua y le agradecí. Ni por acá imaginaba, lo que había pasado. Entonces, me dijeron: «Siéntate, siéntate, Liz. ¿Estás tranquila?» me dice. «Sí», le digo.

«Lláamelo a mi mamá, que ya es tarde, que nos tenemos que ir, señora. Es muy peligroso andar de noche». Y me dice: «¿Sabes qué?, Liz» me dice. «Tienes que ser fuerte», me dice. «¿Qué ha pasado?», le digo. «Mira, a tu mamá se lo han llevado los policías», me dice. En ese momento, por más que era niña, sentí que la había perdido por las cosas que habíamos vivido aquí en Ayacucho. Sentí que algo se me había

apagado. La señora me dice: «Liz, tienes que tranquilizarte», me puse a llorar, solamente se lo han llevado, mañana dicen que la van a soltar». «Dónde está», le digo. «Está en la [sede de la Policía de Investigaciones del Perú] (PIP)». «Ya, señora». Me fui.

No sé cómo, pero lo único que me acuerdo es que llegué a la casa, pero no tenía zapatos. No sé cómo llegué a mi casa, sentía que estaba en un sueño. No sé, sentía que se me había derrumbado algo. Llegué a mi casa solo estaba mi hermano Paul tenía en esa época ocho años, ¿qué íbamos hacer mi hermano y yo? no podía contarle Paul era un niño. ¿en qué me iba a ayudar? Si le contaba lo que le había pasado a su mamá, seguramente, se pondría a llorar. Entonces, tenía que ser fuerte.

Entonces, me acerqué a su hermana de mi mamá, mi tía Marina, y le conté, le dije: «Ha pasado esto. Se lo han llevado los policías a mi mamá». Ella me dice: «Pero ¿por qué? ¿Qué ha pasado? Si nosotros nunca hemos tenido ningún problema». “No sé. El momento que se fue a traer los costales, se lo llevaron”. En eso justo Paul bajaba y me escucha: «¿Quién se lo ha llevado a mi mamá? ¿» Quién?». Y yo le escuché gritando. «¿Pero por qué?», yo le digo. «No te preocupes. Ya va a volver. Debe estar más rato por aquí». Esa noche ya no pudimos hacer nada. De todas maneras, fui con mi tía a la PIP. Le dije: «Señor, a mi mamá se lo han traído detenida acá», los señores me dijeron: «No, acá no hay nada».

No podía hacer nada porque no tenía otra persona más que mi madre. Ella era todo para mí, y para mi hermano, todo. Toda esa noche no pude dormir, pensando por qué me pasaba esto. Pero, de todas maneras, debía tener fuerzas por Paul, porque era muy pequeño y mi madre era muy valiente. Por eso me decía: «Tengo que ser fuerte».

Al día siguiente, muy temprano, me fui para la PIP de nuevo. Les dije: «Señor, a mi mamá ayer lo han detenido». Fui donde la amiga, ya más tranquila, donde la señora le dije: «Señora, ¿qué pasó?». La señora me dijo: «Liz, nosotros veníamos caminando por San Sebastián y subimos todo jirón Sol. De jirón Sol dimos vuelta justo a la avenida Mariscal Cáceres, llegando al parque de La Magdalena. Había muchos militares, militares, policías, civiles, todos». la señora Aurelia ese día estaba con su bebé que tenía dos años. Mi mamá, en ese momento, lo tenía cargado, pero sin manta. En eso, dice mi mamá, como los vio a todos ellos, le dice a la señora: «Oye, Aurelia. Hay policías acá. No creo que haya batida, porque yo no he traído documentos. Qué tal nos pasa algo». Entonces, Aurelia dijo: «No, no te preocupes, Marcela. Hace rato están acá».

Siguieron caminando porque dos cuadras más allá era la casa de la señora. Llegando a Américo Oré que un callejoncito que colinda con Mariscal Cáceres, un señor vestido de civil le apuntó con un arma en la cabeza a mi mamá y le agarró del cabello y le arrastró para ese callejón que da a Mariscal Cáceres, donde hay otro parque que está en el óvalo. La señora Aurelia dice que ahí había un carro. La arrastro a mi mamá del cabello, por todo ese callejón. Mi mamá pedía auxilio, porque había señoras pues había unas tienditas por ese lado. Además, le golpeaba y como ella gritaba: “auxilio, auxilio”, la gente le escuchó. Ese señor le tapó la boca y estaba con arma. Le dio la vuelta y llegó al parque donde estaba un carro del Ejército. Y le tiró ahí como un costal.

Entonces, otro policía se acercó a la señora Aurelia y le dijo: «Ya tú, también sígueme». Y la señora dijo: «¿Por qué yo te voy a seguir? ¿Por qué yo tengo que seguirte?». «Sígueme». Este agente de la PIP, de la Policía de Investigaciones, se fue caminando

primero y le dijo a «Sígueme». Ella le siguió cinco pasos. Después dice que reaccionó porque estaba atontada, y dijo: «¿Por qué le voy a seguir? Si le sigo, también me llevarán». La señora volteó, tomó fuerzas y se fue para su casa. Y el señor no le siguió. Lo dejó así.

Nosotros [...] al menos yo, lo conozco a este señor. Lo he visto. Sé quién es. Sé cómo se llama. Sé su apelativo, porque ese tiempo todos ellos trabajaban con apelativo, tengo su foto, pero ahora no lo puedo decir por seguridad. En su debido momento lo voy a decir a los comisionados para que investiguen. Porque no se puede quedar así. Lo que me hicieron a mí y a mi hermano y a mi familia no se puede quedar así. Lo que le hicieron a mi madre aún más.

Después de esto, mi casa [...] mi paradero era la PIP, la PIP y la PIP. Estaba todo el día ahí. Era una niña descuide mis clases, todo. Pero, tenía que estar ahí. En una de esas, una de mis tías, la hermana de mi mamá que vive en Lima llegó porque yo la llamé. Le dije: «Tía, ayúdame. ¿Cómo voy a hacer? Mi mamá no aparece. Son dos, tres días que no aparece».

Ella llegó de Lima. Nosotros de nuevo estábamos en la PIP preguntando, preguntando y nos hicimos amigos. ¿De quién? De la persona que le torturaba a mi mamá. Entonces, de este señor nos hicimos amigos. «¿A quién buscas?» me dijo. El señor era muy amable. Era muy joven, pero era de rango. Era un oficial. Entonces le digo: «Señor, busco a mi mamá» «Se que lo han traído acá y por qué me niegan». A este señor, le dije con qué color de ropa estaba. Entonces, me dijo: «Sí, ese día la trajeron y llegó sin zapatos». «le pusieron un costal de azúcar y estaba ahí sentada, con sus brazos amarrados. Sí está ahí tu mamá». Yo le digo: «Señor, ayúdame. Tú me tienes que ayudar», «Es todo lo que tengo ¿qué va a ser de nosotros, de mí, de mi hermano? Nosotros no tenemos a nadie. No tenemos papá. Ella es todo para nosotros». Entonces, el señor me dice: «Hay que esperar un poquito. Ten un poquito de paciencia». Con este señor, desde ese día, días y días, sea en la mañana, en la tarde, en la noche, depende del tiempo que tenía, nos encontrábamos.

Siempre iba a buscarlo. Le preguntaba: “¿Cómo estaba ella?”. Y al principio me decía: «Está bien. Está bien». Después, yo le digo: «¿Qué le haces tú a mi mamá?». Y él me dijo: «No, yo simplemente le pregunto, Liz», «No te preocupes». «Pero ¿qué le haces? Yo sé que tú le haces algo». Por tantas cosas que había en Ayacucho. No se podía tapar el Sol con un dedo. A lo menos a la edad que yo tenía. Por todos lados se veían muertos, cruelmente asesinados. Entonces, nuevamente le dije: «Dime lo que sea, pero yo quiero saber qué pasa». Entonces, me dijo: «Liz, solamente le pongo música para que escuche, fuerte y le paso electricidad por los dedos y los pies». Yo le digo: «¿Por qué? Dime, ¿por qué?». «Liz, me dice, tienes que ser fuerte. Ya va a pasar esto. Tienes que esperar siquiera mínimo quince días».

Seguí esperando, siempre en contacto con este señor, para saber que iba a pasar con ella. Después un día me dijo: «Tu mamá está un poco malita». «¿Qué pasa?». «Debe ser por el frío. Está un poco coja». Y le pregunto: «¿Qué está comiendo?». Entonces, me dijo: «Mira, allá a los presos, le damos todo el desperdicio de lo que nosotros cocinamos. Por ejemplo, de las verduras, las cáscaras; cualquier cosa, como para la comida del chanco». “Ah ya”, entonces no comen le dije. «A veces están días y días sin comer»

«Además todas las mujeres, son violadas. No hay ninguna que se escape. Son violadas por todos los soldados».

Angustiada le seguía preguntando «¿Tú crees que mi madre va a resistir? Ayúdame», le vuelvo a suplicar. «Perfecto, tú has sido muy fuerte. Yo también soy fuerte. Pero tienes que ser realista». Le insisto: «Tú me tienes que ayudar. Tú estás a lado de ella». Y me contestó: «Ten paciencia, ten paciencia. A mí tampoco no me gusta estar así, vivir aquí».

Así me conto que fue a Ayacucho por una decepción amorosa y quería era morir; por ello llevo para que lo maten, pero después se arrepintió. Quería irse rápido a cualquier sitio. En eso, le digo: «Me tienes que ayudar». Entonces me dice: «Mira, Liz, nosotros de la PIP a tu mamá aproximadamente, entre la medianoche y las dos de la madrugada, la trasladamos al cuartel para torturarlo. Allá le torturamos nosotros a tu mamá. No sólo yo, muchos la torturamos. Sería mentirte si te digo que sólo está en mis manos. Si estuviera en mis manos, yo no sería capaz de hacerlo. Pero somos muchos».

Entonces, le dije: ¿qué plan tienes?» y me dijo: «Mira, Liz, en el transcurso que vamos por la Vía de Evitamiento, la trasladamos a tu mamá y la llevamos a la PIP, yo la voy a empujar en la Vía del Evitamiento porque va encima del carro». Era un tipo camión, el *Dodge*, creo que era ese carro del Ejército. «le voy a empujar al barranco. Esa es la única solución. Otra solución no hay, porque está muy resguardada». Entonces le dije: «Está bien, perfecto., vamos a estar esperando en el huayco». Siempre esperando, esperando, pero nunca se llegó a saber nada de ella. Lo presionaba todos los días para cuando y solo me daba pretextos. Después me dijo: «Ya no está en mis manos». Finalmente, poco a poco, el señor se fue disimulando, se escondía, prácticamente.

Después de eso, ¿qué me quedó? Nos mandaban notas por el caso de mi mamá, publicamos en revistas, denunciemos en periódicos, por radio. Nosotros, después de eso, denunciemos a la Fiscalía. Una fiscalía había, un sitio encargado donde se denunciaban todos los casos de los desaparecidos. Fuimos donde la fiscal, pero por miedo, esta señora Aurelia no quiso atestiguar. Entonces dijimos que mi abuela la estaba acompañando, porque todo el mundo estaba aterrorizado. Nadie quería hablar. Nadie quería decir nada de lo que veía. Hicimos como si mi abuela la hubiese estado acompañando, por no perjudicar a la señora. Lo denunciemos.

Después la fiscal nos dijo, al día siguiente, este señor que le había detenido a mi mamá muy fresco había ido a la Fiscalía y había averiguado todo lo que habíamos hablado. Este señor nos perseguía por todas partes, por donde andábamos. Había dicho a la fiscal: «¿Sabes...?». «¿Sabes qué? Dile a esa señora que yo no me he llevado a la señora delante de su mamá. Estaba otra persona y dile que no mienta». Entonces la fiscal nos dijo: «Ese joven ha venido y ha dicho que ustedes están mintiendo, que no se lo ha llevado delante de su mamá, sino estaba otra señora acompañándola a ella». Indignada le respondí a la fiscal: «Señorita, entonces, ¿qué pruebas más? Este señor viene a decir que sí la tiene a mi mamá. Entonces, ayúdame. Ella tiene sus derechos. ¿Qué es lo que ella ha hecho para que le encierren? Ni a un animal».

Después de eso mi tía que llegó de Lima se fue al cuartel con la fiscal, por insistencia de nosotros. Dice que llegaron donde este coronel que estaba ese tiempo encargado. La fiscal entró a la oficina. Mi tía estaba ahí atrasito, donde había un sofá para sentarse, para esperar. La puerta lo habían dejado abierta. El coronel no se había dado cuenta de

que mi tía estaba ahí. Y la fiscal le dijo: «Señor, estamos viniendo por Marcela Valdez. Dice que acá lo tienen». Y el coronel le dijo: «¿Sabes qué, carajo? No te metas en mis cosas. Sí está aquí. ¿Qué vas a hacer tú? no te metas en mis cosas. Dedicarte a las cosas que puedes hacer. Y tú sabes cuál nada más. Sí está acá, así que desaparece. Tengo muchas cosas que hacer». A la fiscal la botó. A mi tía le dijo: «¿Usted es la hermana de Marcela Valdez? Sí, bueno, nosotros no tenemos nada acá». Lo hizo ver unos libros. “No lo tenemos, ni su nombre está aquí registrado, si sabemos algo, le vamos a avisar. No se preocupe». Ella salió. Se vino del cuartel.

Después de quince días, nuestro informante que nos decía que tengamos paciencia, se hizo el desentendido, como que desapareció. Después de eso, ¿qué nos quedaba? Buscar en otros lugares. Posteriormente, nos mandaban notas que iban a botar el cadáver por ahí. Buscábamos en Infiernillo a voltear cadáveres, miles de cadáveres, de todo tipo, de toda clase. Había campesinos con su poncho. Había gente con pantalones, señoritas de toda clase. Volteando, volteando, pero nunca la encontré a mi mamá.

Después, de nuevo fui a buscarle a mi informante. Ese día conseguí, como sea, conversar con él, le dije: «Tú me tienes que ayudar. Tú sabes». Entonces él me dijo: «Liz, tú has hecho mucha *chilla*. Has denunciado, has hecho todo. Sabes que ellos lo único que les va a quedar [...]. En el cuartel hay un horno y para que no haya ninguna huella, ningún rastro, es probable que le hayan metido al horno a tu mamá. Así que no has debido denunciar. No debiste hacer nada, ahora todo el mundo sabe. A ellos no les gusta que le involucren las cosas que ellos han hecho. Ellos van a tapar a toda costa lo han hecho. Así que ahora es probablemente que no encuentres nada de ella, ni el cadáver». Yo le dije: «Gracias por lo que eres sincero».

Entonces, me dijo: «Tú quieres siempre que yo te diga la verdad. Te lo estoy diciendo la verdad. Eso es lo que pasa allá. O también es probable que este en un cuarto en el sótano que es un cuarto solo puede estar parada. Está en el sótano del cuartel, no puede ni echarse. Ahí hace sus necesidades. Ahí le tiramos las cosas que pueda comer. Tal vez ahí puede estar. Pero, tampoco creo que de ahí salga viva, de ahí se supone que se va a morir, con tantas cosas que le van a hacer, le meterán igual ahí al horno. Así que prepárate. Tienes que ser fuerte».

Me siguió diciendo: Aparte de eso, la vez pasada cuando tu mamá todavía estaba viva, cuando conversé [...]. Porque yo le había dicho a mi informante: «Dile cómo está y que nos conoces a nosotros». Entonces mi informante le dijo: «Marcela, sabes que he conversado con Liz. Ella está detrás de todo esto». Mi mamá le había dicho: «Señor, usted sabe perfectamente que yo de acá no creo que salga viva. Lo único que le pido es que cuando se encuentre con mi hija, dígame que se cuiden mucho, que ella tiene que ser fuerte y que nunca más se separe de Paul». Entonces, eso es lo que él me dijo. Aunque mi corazón se me salía por la boca, yo tenía que ser fuerte. No sólo por mí, porque yo sentía que tenía que seguir andando, andando en busca de ella, por lo menos enterrarla.

Ahora yo no puedo ni dormir. No puedo estar tranquila. No hay un momento de felicidad en mí. Así, por ejemplo, yo tengo veintidós años. Soy joven. Debo estar siquiera en una fiesta, en un sitio, divirtiéndome. No puedo porque eso está en mí. Es como una sombra. Ni siquiera he podido enterrarla. A veces pienso, tal vez algún día vuelva. A veces dejo la puerta abierta, esperando que en rato pueda entrar ella. Pero no, no está. No vuelve.

Son ya once años, pero es como si fuese ayer todo lo que nos ha pasado, todo lo que hemos tenido que sufrir por ser huérfanos.

Después de eso tuve que, no sé, tal vez arrimarme a la casa de mi tía. Porque a mi casa, nunca he querido volver. Mi madre de lunes a viernes era profesora. Sábados, se dedicaba a hacer panes. Domingos era familiar. Yo, Paul, ella nos bañábamos juntos. Nos íbamos al campo. Todo se acabó, de un momento a otro este señor me quitó todo. Me quitó a mi madre. Me quitó mi felicidad. Yo tengo derecho a ser feliz. Hasta ahora no lo soy. Ojalá que algún día sea feliz. Eso es lo único que espero, por lo menos encontrar sus huesos, enterrarla. Tal vez así un poco me pueda sentir tranquila porque hasta ahora no puedo estar tranquila, no puedo. Por lo menos que me den, aunque sea los huesos esos señores, no sé. No puedo estar tranquila, sabiendo las cosas que me he enterado les hacían a las mujeres en el cuartel. Digo: «¿Cómo habrá muerto mi mamá?». Ella no se merecía eso. ¿Por qué? ¿Qué éramos nosotros para merecernos esto? No, señores. Ojalá que se haga justicia. Les ruego a todos.

Además, quisiera mencionar que siempre quise estar junto a mi hermano Paul. Paul, desde el momento que nos pasó esto, siempre vivió con mi tía, en Lima, hasta ahora. Él vivió allá y yo me quedé en Ayacucho con otra tía. Con la tía que yo vivía, tenía ocho hijos y yo tenía que estar ahí. No era como mi madre. Desde ese momento, por más que yo estaba enferma, tenía que aguantármelo porque mi madre ya no estaba ahí. Cuando estaba mi madre, así sea la hora que sea, ella corría me decía: «Liz, ¿estás enferma? ¿Te duele esto? Vamos», me llevaba al médico. Pero desde ese momento no hubo nadie. Así tenga hambre, tenía que aguantármelo. Tenía que esperar la voluntad de las personas. Todo, todo cambió, todo, todos mis sueños, todo se me derrumbó. Eso no es justo. ¿Por qué? Muchas cosas [...].

Por ejemplo, me van a disculpar que se los mencione. Tal vez me siento en confianza con ustedes para contarles muchas cosas. A los quince años, cuando llegué a tener mi hijo, cuando él nació, yo no sabía nada. Cuando nació mi hijo, no sabía ni cómo bañarlo, todo el mundo tenía familiares en el hospital, yo no tenía a nadie. Ese día me moría de dolor en el hospital. No había nadie quien me diga: «¿Qué te pasa?, o ¿qué pasó?». Estuve sola. Estos señores me causaron mucho daño, agradezco mucho a las personas que me ayudaron con mi hijo. Ella está aquí, sabe muchas cosas de mi sufrimiento. Fue una lucha diaria para salir adelante.

Les pido a todos ustedes que se haga justicia, quiero ver por lo menos los huesos de mi madre, enterrarla. Porque, por ejemplo, en Día de los muertos aquí en Ayacucho, todo el mundo se va al cementerio, yo no sé ni adónde ir. No sé si poner flores. A veces no sé. Hasta ahora a veces pienso [...] porque hay rumores que dicen que en la selva hay un sitio, un campo donde hay gente que está viva. Mi abuela, hasta ahorita piensa que va a volver su hija.

Creo que esto se tiene que aclarar señores. Se tiene que saber. Sé los nombres de estos señores, porque esto pasó a pleno luz del día. Los conocemos. No fue como en otros casos, que entraron encapuchados. En este caso sí se sabe quiénes fueron. A estos señores hay que interrogarlos, preguntarles: ¿qué hicieron con los detenidos? ellos saben. Porque no estoy tranquila. No soy feliz. Todas las cosas para mí ha sido un sacrificio desde el momento en que mi madre desapareció. Nada fue fácil. Tuve que

hacer miles de cosas para sobresalir. Mi hermano igual. Tenemos derechos a ser feliz. Necesito ser feliz. Tal vez sólo por esa fuerza estoy aquí. Yo quiero ser feliz, señores.

Pastor Humberto Lay Sun

Señorita Liz, apreciamos bastante este testimonio que ha dado. Estamos seguros, seguros de que hay muchas cosas más que tiene guardadas en su corazón y que quisiera expresarlas. Pero el tiempo va avanzando. Y estamos seguros de la simpatía de toda la nación, a su dolor, a su sufrimiento, tanto como el de la señora Angélica también. Muchísimas gracias. Sabemos que no ha sido fácil esto para ustedes. Y esperamos, Dios mediante, que algo se pueda hacer, ¿verdad? Y que esa justicia que usted pide, que ambas piden, pues va a llegar. Muchísimas gracias. Dios las bendiga.